

# LAS FORMAS DEL MINISTERIO EPISCOPAL AL SERVICIO DE LA MISIÓN\*

JOSÉ R. VILLAR

## SUMARIO

INTRODUCCIÓN. **I** • EL OBISPO, MIEMBRO DEL COLEGIO Y PASTOR DE SU IGLESIA. **II** • LA MUTUA INTERIORIDAD DE LA IGLESIA UNIVERSAL Y LAS IGLESIAS PARTICULARES. **III** • EL EPISCOPADO EN LA COMUNIÓN DE LAS IGLESIAS. **IV** • LAS FORMAS DEL MINISTERIO EPISCOPAL AL SERVICIO DE LA MISIÓN. **1.** La *episkopé* de la Iglesia particular. **2.** Otras formas de *episcopalis operatio et functio*.

## INTRODUCCIÓN<sup>1</sup>

Antes del Concilio Vaticano II era frecuente considerar la Iglesia como unidad indiferenciada, sin apenas dar relevancia teológica a cada Iglesia local. Las «diócesis» eran ante todo «partes» (en sentido estricto: algo «incompleto») necesarias como unidades de gobierno de un todo único, la Iglesia<sup>2</sup>. Los Obispos —de quienes no se dudaba el derecho divino de su autoridad—, vendrían a detentar una jurisdicción cuyo origen, mediato o inmediato, se remitía según la teorización al uso —de una u otra manera— al Romano Pontífice, por lo que era casi inevitable ver en ellos unos legados —necesarios *divina ordinatione*— del Papa, «a quien le ha sido encomendado el mundo entero como una diócesis»<sup>3</sup>. De aquí que el ministerio episcopal se viviera, en la práctica, según un régimen

\* Comunicación presentada en el Simposio «I Vescovi e il loro ministero» de la Facoltà de Teologia della Università della Santa Croce, Roma 15-16 marzo 1999, reelaborada para su publicación en esta Revista.

1. Utilizamos aquí los adjetivos «local» o «particular» para designar la «*Populi Dei portio, quae Episcopo cum cooperatione presbyterii pascenda conceditur*» (cfr. CD 11). En otro contexto de reflexiones habría que señalar los respectivos matices de esos adjetivos.

2. Cfr. B. PRUSAK, *The Canonical Concept of Particular Church before and after Vatican II*, Rome 1967.

3. «...cui soli universus orbis terrarum datus est in dioecesim» (F. W. WERNZ, *Ius Decretalium*, t. II, pars 2: *Ius Constitutionis Ecclesiae Catholicae*, Prato 1915, p. 501).

de concesión: el Obispo sólo puede ejercer su autoridad sobre aquellas competencias concedidas. Por otro lado, la dimensión «colegial» de la ordenación sacramental cedía ante la sola consideración jurídica de la autoridad del Obispo al frente de su diócesis (debido también a la tajante separación, en cuanto a su origen y naturaleza, de la potestad de orden y la potestad de jurisdicción<sup>4</sup>). La idea de incorporación sacramental al Colegio episcopal apenas jugaba papel alguno.

El Concilio Vaticano II estableció principios decisivos para la teología del episcopado<sup>5</sup>. Entre otros, los siguientes:

1º el origen de la autoridad episcopal es la donación sacramental del Espíritu Santo, que constituye a los Obispos en vicarios y legados de Cristo y, por ello, verdaderos Pastores de sus Iglesias; y así, insertos sacramentalmente en la sucesión apostólica, gozan de la *sacra potestas*; la ordenación episcopal les capacita (como causa) para cumplir las funciones de santificar, enseñar y regir, si bien el ejercicio legítimo de estos dos últimos *munera* exige (como condición) la comunión jerárquica con la Cabeza y miembros del Colegio (cfr. *Lumen gentium* 21)<sup>6</sup>.

2º en coherencia con ese origen sacramental, el Concilio afirma la plena autoridad episcopal, en principio, para la misión pastoral: los Obispos poseen *omnis potestas* necesaria para gobernar su Iglesia particu-

4. La consideración litúrgico-sacramental permitió una renovada aproximación a la cuestión: cfr. p. ej., A. G. MARTIMORT, *De l'Évêque*, Paris 1946.

5. La doctrina estaba preparada con trabajos como los reunidos en Y. CONGAR-B.-D. DUPUY (dirs.), *L'Épiscopat et l'Église universelle*, Paris 1962.

6. Cfr. J. LÉCUYER, *El Episcopado como sacramento*, en G. BARAÚNA (dir.), *La Iglesia del Vaticano II*, Barcelona, t. II, pp. 731-749. El primer borrador «De Ecclesia» de 1962 afirmaba que los miembros del Colegio son *suo iure* los Obispos «residenciales». Parecía, pues, que la razón de pertenencia al Colegio episcopal sería la jurisdicción sobre una diócesis. Si es el Papa quien concede esa jurisdicción, podría concluirse que el Colegio mismo sería creación del derecho papal (cfr. J. RATZINGER, *La Colegialidad episcopal*, en G. BARAÚNA (dir.), cit., p. 756). El texto final sobre la incorporación al Colegio habla de dos requisitos de diferente naturaleza: «Las dos condiciones requeridas, es decir, el rito de la consagración y la guarda de la unión, no ejercen su influencia del mismo modo, como se desprende de la redacción misma del texto: se llega a ser miembro del colegio *en virtud* de la consagración sacramental (*vi consecrationis*) y mediante la comunión (*communione*, en ablativo). El segundo elemento se presenta más bien como condición que como causa, aun cuando esta exégesis no sea indicada formalmente» (G. PHILIPS, *La Iglesia y su misterio en el Concilio Vaticano II*, t. I, Barcelona 1968, pp. 360-361). Cfr. sobre esta cuestión P. RODRÍGUEZ, *Sobre un punto de la «Nota praevia»*, en *Paolo VI e i problemi ecclesiologici al Concilio*, Istituto Paolo VI, Brescia 1989, pp. 426-427.

lar, salvo en aquellas materias *reservadas* a la autoridad suprema o a otra autoridad (cfr. *Christus Dominus* 8, a). Este «sistema de reserva» —frente al de «concesión»— es un cambio de técnica jurídica motivado por una profundización en la naturaleza del episcopado y de la Iglesia particular. Del último tema apenas podemos ocuparnos aquí<sup>7</sup>.

3º Este centramiento teológico del Obispo se enmarca —vale la pena subrayarlo— en la doctrina sobre el Colegio episcopal. Según el capítulo III de *Lumen gentium*, el Obispo entra en la sucesión apostólica por su incorporación al Colegio u «Ordo episcoporum, qui collegio Apostolorum in magisterio et regimine pastoralis succedit» (LG 22). La sucesión apostólica es «colegial»: del Colegio apostólico al Colegio episcopal. La colegialidad es la forma de la sucesión apostólica, y la consagración episcopal su sacramento. El *iter* expositivo del capítulo III sigue esta orientación: la institución de los Doce; su sucesión por los Obispos; la naturaleza sacramental de esta sucesión y ministerio, para pasar a las afirmaciones sobre el Colegio y sus miembros, y llegar al Obispo en su Iglesia.

Se puede decir, tras una sencilla lectura de *Lumen gentium*, que el Concilio considera el origen sacramental tanto de la pertenencia al Colegio como de la condición de pastor de una Iglesia. Estos dos aspectos no se oponen ni se separan en los documentos conciliares, aunque se acentúa la consideración del Obispo como miembro del Colegio episcopal que, como tal, ha recibido su cualificado «*communitatis ministerium*» (cfr. LG 20). Con todo, hay que decir que el Concilio no aborda explícitamente la relación entre ambas dimensiones, entre otras razones porque *Lumen gentium* no trata del episcopado a partir de la consideración de la Iglesia universal y las Iglesias locales, sino como autoridad constituida en ellas: Colegio y Primado papal en la Iglesia universal, y los Obispos en sus Iglesias particulares.

Por este motivo, suele ser objeto de reflexión recurrente la *quaestio* de si el Obispo es tal *por ser* miembro del Colegio episcopal o por ser cabeza de una Iglesia particular. En otras palabras, si la ordenación episcopal constituye al Obispo miembro del Colegio, o bien cabeza de una Iglesia. O más radicalmente: si la sucesión apostólica se transmite

7. Cfr. J. R. VILLAR, *Teología de la Iglesia particular*, Pamplona 1991, *passim*.

mediante la sucesión en una Iglesia local, y sólo por este título ocurre la pertenencia al Colegio, o a la inversa. Entiéndase bien: no se trata de una «alternativa» entre la condición de miembro del Colegio episcopal o la condición de cabeza de una Iglesia local, sino la articulación de estas dos dimensiones convergentes en el Obispo: la autoridad *personal* respecto de una Iglesia, y la autoridad *colegial* respecto de la entera Iglesia.

# I. EL OBISPO, MIEMBRO DEL COLEGIO Y PASTOR DE SU IGLESIA

Y. Congar se ocupó del tema en los años siguientes al Concilio Vaticano II. En sus consideraciones señalaba que la mayor parte de los teólogos en la época posterior al Concilio —en su mayoría habían trabajado en la redacción de sus documentos— respondían que, a la luz de la doctrina conciliar, el Obispo es cabeza de una Iglesia local *porque* es miembro del Colegio. Siguiendo esta idea, Congar resumía su propia posición —integradora de ambos aspectos— diciendo que el Obispo es *concebido* para pastor de una Iglesia particular, pero que está *constituido* como tal por su asunción en el *Ordo episcoporum*. «El Obispo no es pastor de la Iglesia local sino ocupando su puesto en el *Ordo episcoporum*»<sup>8</sup>.

Aquellas páginas del célebre dominico estaban orientadas principalmente a contestar la opinión de que los Obispos sólo sucederían a los Apóstoles en su cualidad de cabezas de las Iglesias particulares, de modo que la sucesión apostólica estaría unida a la razón formal de «pastor de Iglesia local». No existiría sucesión apostólica en la misión universal de los apóstoles, en la que sólo sucedería el Papa. En realidad, esta opinión negaba lisa y llanamente que los Obispos fueran miembros del Colegio como sujeto *a se*: el Colegio existiría más bien como participación transitoria en la potestad suprema papal, y consecuentemente carecía de autoridad permanente en la Iglesia universal. Como señalaba Congar, esta postura se movía en las coordenadas previas al Concilio aludidas al inicio.

En la actualidad se plantea la cuestión con otros presupuestos. La eclesiología reciente ha subrayado la relación entre el ministerio de suce-

8. Y. CONGAR, *La consagración episcopal y la sucesión apostólica ¿constituyen cabeza de una Iglesia local o miembro del colegio?*, en IDEM, *Ministerios y comunión eclesial*, Madrid 1973, p. 130.

sión apostólica y la comunidad cristiana. El episcopado se comprende en el interior de la Iglesia que preside, y su ministerio alcanza su más profundo sentido en la celebración de la Eucaristía. Los Obispos son ordenados *para* una Iglesia (lo que Congar llamaba: *concebidos* para presidirla). Lo cual carecería de problematicidad si no se concluyera que los Obispos son *constituidos* sacramentalmente como cabezas de sus Iglesias, y *sólo* por este título se incorporan al Colegio y así participan de la sucesión apostólica. Algunos representantes de la moderna eclesiología ortodoxa —que contrasta en esto con la teología ortodoxa tradicional<sup>9</sup>— son especialmente sensibles a esa posición<sup>10</sup>.

Hay que advertir la dependencia de esta línea de la eclesiología ortodoxa de una concepción de la *communio Ecclesiarum*, según la cual cada Iglesia particular, *en cuanto tal*, ya sería la realización de la Iglesia de Jesucristo<sup>11</sup>. Sin duda —se añade— una Iglesia debe estar en comunión con las demás Iglesias, formando una comunión universal que implica «estructuras de autoridad» (Colegio episcopal, Primado). Sin embargo, según esta opinión, habría que comprender estas estructuras de tal manera

9. La teología ortodoxa tradicional mantiene que cada Iglesia local se halla incluida en una «totalidad orgánica», y por este motivo los Obispos que consagran a un nuevo Obispo «no actúan en su cualidad de Obispos locales, sino precisamente en tanto que Colegio que representa la totalidad de la Iglesia, incluidos los fieles»; los Obispos en comunión son los portavoces de la Iglesia para expresar la fe ortodoxa, que es aquella fe de la «Iglesia entera, de la Iglesia católica, y no solamente de la Iglesia particular, de una diócesis determinada» (G. FLOROVSKY, *Le Corps du Christ vivant*, en AA.VV., *L'Église universelle dans le dessein de Dieu*, vol. I, Neuchâtel-Paris 1949, p. 37). En sentido parecido P. TREMBELAS, *Dogmatique de l'Eglise Orthodoxe Catholique*, t. II, Chevetogne-Atenas 1959, pp. 378-379; y D. STANILOAE, *Orthodoxe Dogmatik*, t. II, Zürich 1990, p. 219.

10. Para lo siguiente, cfr. J. R. VILLAR, *La teología ortodoxa de la Iglesia local*, en P. RODRÍGUEZ (dir.), *Eclesiología treinta años después de Lumen gentium*, Madrid 1994, pp. 237-262.

11. «En cuanto tal»: si es cierto que en cada Iglesia particular *exsistit, inest et operatur* la Iglesia de Jesucristo (cfr. CD n. 11), sin embargo esto sucede plenamente en la medida en que tal Iglesia se halla en comunión con las demás, y particularmente con la Iglesia de Roma. Esta comunión supone, desde el punto de vista del ministerio jerárquico, lo que afirma *Communiois notio*, n. 13: «El Primado del Obispo de Roma y el Colegio episcopal son elementos propios de la Iglesia universal “no derivados de la particularidad de las Iglesias”, pero interiores a cada Iglesia particular. Por tanto, “debemos ver el ministerio del Sucesor de Pedro, no sólo como un servicio ‘global’ que alcanza a toda Iglesia particular ‘desde fuera’, sino como perteneciente ya a la esencia de cada Iglesia particular ‘desde dentro’”. En efecto, el ministerio del Primado comporta esencialmente una potestad verdaderamente episcopal, no sólo suprema, plena y universal, sino también inmediata, sobre todos, tanto sobre los Pastores como sobre los demás fieles. Que el ministerio del Sucesor de Pedro sea interior a cada Iglesia particular, es expresión necesaria de aquella fundamental mutua interioridad entre Iglesia universal e Iglesia particular».

que no supongan la idea de una «superestructura» universal distinta de las Iglesias locales<sup>12</sup>. En cambio, la presentación católico-romana de la colegialidad episcopal conduciría, a su juicio, a esa consecuencia. Lo que implicaría —según esta crítica— que, en el momento apostólico, el grupo de los Doce estaba ya en el origen de una Iglesia universal como entidad «independiente» de las Iglesias locales<sup>13</sup>. Pero, en realidad, se dice, los Doce se encuentran en el origen de cada Iglesia local. La colegialidad apostólica y episcopal sería algo que impregna a todas las Iglesias locales, y por ello la sucesión apostólica se da en la sede local. La Iglesia universal sería la sola reunión de las Iglesias locales, y el Colegio episcopal la sola comunión de sus cabezas. El Obispo es miembro del Colegio por ser el *sedens* en una sede. De ahí la dificultad que ofrecería la figura del Obispo «auxiliar» y la del Obispo «titular». Coherentemente con estos presupuestos se concluye, por lo demás, que los fieles —mirando ahora a la comunidad local— se incorporan a la Iglesia universal por *mediación* de su Iglesia y su Obispo.

A nuestro juicio, esta presentación pone dentro de la *communio Ecclesiarum* —y del episcopado— una tensión congénita entre la particularidad y la universalidad de la Iglesia. Las Iglesias locales estarían más bien en yuxtaposición, y no tanto en comunión ontológica interior y recíproca (todas son la misma y única Iglesia de Jesucristo). La colegialidad episcopal, correlativamente, se articula de manera extrínseca, pues si el Obispo de cada Iglesia *está* ciertamente «junto con» los demás Obispos, no aparece sin embargo con nitidez su «*ser-con-los-demás*» Obispos. La colegialidad afectaría más al *operari* que al *esse* del Obispo, ya constituido sacramentalmente como tal en cuanto cabeza de su Iglesia. Los Obispos tendrían la autoridad colegial en la Iglesia universal como consecuencia de su autoridad personal en la sede local, que sería ontológicamente primera, y causa de aquella. En breve, se concede una prioridad a la dimensión personal (local) frente a la colegial (universal). Parece mejor, sin embargo, mantener la «mutua inmanencia» o «interioridad» de ambas dimensiones, tanto en el episcopado como en la Iglesia<sup>14</sup>.

12. La imagen es de Jean Zizioulas, como también todo el razonamiento que sigue a continuación. Cfr. J. R. VILLAR, *o. c.* en nota 10, pp. 254 ss.

13. Por este motivo es importante situar el significado teológico de la Iglesia de Jerusalén: cfr. *infra* nota 28.

14. Expresión de la Carta *Communiois notio*, n. 9, inspirada en Juan Pablo II. Puede verse el origen de esta fórmula en un discurso a la Curia romana (21.XII.84; AAS 77, 1985, 506), en el que habla de una «relación ontológica de inclusión mutua» entre las Iglesias particulares.

## II. LA MUTUA INTERIORIDAD DE LA IGLESIA UNIVERSAL Y LAS IGLESIAS PARTICULARES

La Iglesia no se describe adecuadamente como una simple agregación de Iglesias locales ni como una gran Iglesia monolítica. Una correcta comprensión de la *communio Ecclesiarum* invita a ver las Iglesias locales según su naturaleza de «elementos (particulares) de la comunión universal». Son *portiones Populi Dei* (cfr. CD 11) que poseen una intrínseca reciprocidad según una especie —si vale la expresión— de «circuminsessio» consustancial, una «relación ontológica de inclusión mutua» (Juan Pablo II<sup>15</sup>): son, podríamos decir, *ipsa Ecclesia (Christi)*, no meramente *eadem Ecclesia (Christi)*. Cada una de las *portiones Populi Dei* participa de las dimensiones de universalidad y particularidad, pues todas son el misterio del *totum in parte* y de la *pars in toto*<sup>16</sup>. Nos hallamos aquí ante la dificultad de expresar un aspecto del misterio de la Iglesia: el hecho de ser *a la vez* universal y particular en su peregrinar histórico. La *congregatio fidelium* universal coincide con el *corpus Ecclesiarum*. «El Cuerpo místico es también el cuerpo de las Iglesias» (LG 23). «La Iglesia fundada por Cristo no sólo reúne la multitud ecuménica de los fieles bajo la autoridad suprema del Papa y del Colegio Episcopal, sino que esos fieles son convocados y congregados en las Iglesias particulares, presididas por los Obispos, y la comunión de esas Iglesias constituye la Iglesia de Cristo. (...) No sólo la universal *congregatio fidelium*, sino la *communio ecclesiarum* pertenece a la esencia de la constitución originaria de la Iglesia»<sup>17</sup>. Cuando la mirada se fija en la concreción particular del *Populus Dei*, entonces hablamos de Iglesias «particulares», sus *portiones*; y cuando la visión se centra en su universalidad, hablamos de Iglesia «universal». Ambas son dimensiones reales de la única Iglesia, con sus estructuras de autoridad: Papa y Colegio en la Iglesia universal, y los Obispos en las Iglesias particulares.

15. Vid. nota anterior.

16. De manera que se podría aplicar *a fortiori* a la relación entre la Iglesia universal y las Iglesias particulares aquello que S. Pedro Damiano refería a las multitud de cristianos y la Iglesia: «ut et in pluribus una, et in singulis per mysterium tota (...) ut et in universitate sit una, et in suis partibus tota» (Opusc. *Dominus vobiscum*, Cap. V-VI, PL 145, 235).

17. P. RODRÍGUEZ, *Iglesias particulares y prelaturas personales*, Pamplona 1986, 2ª ed., pp. 151-158.

Por lo demás, el principio de «mutua interioridad» evita plantear la incorporación visible a la Iglesia en términos de «alternativa»: ser miembro de la Iglesia universal *por ser* miembro en primer lugar de una Iglesia particular (por el bautismo), o bien miembro de una Iglesia particular *por ser* miembro en primer lugar de la Iglesia universal (por el bautismo)<sup>18</sup>. La «simultaneidad» de la incorporación (por el bautismo) a la Iglesia universal y a las Iglesias locales es la consecuencia de que no existen dos actos sacramentales, uno por el que se pertenece a la Iglesia particular, y otro por el que se pertenece a la Iglesia universal. «Quien pertenece a una Iglesia particular pertenece a todas las Iglesias»<sup>19</sup>. El bautismo incorpora a la Iglesia de Cristo, una y universal, que, en la historia, existe en forma de Iglesia universal e Iglesias particulares. La incorporación y vida *in Ecclesia* se da *in Ecclesiis*. El Cuerpo de Cristo es uno, y el misterio total de la Iglesia se realiza en cada Iglesia particular en comunión con las demás<sup>20</sup>. Es ésta una convicción ampliamente asentada en la eclesiología católica: «nadie puede realizar su vivir en la Iglesia existiendo “exclusivamente” —valga la expresión— en la Iglesia universal, como si ésta pudiera ser concebida como realidad adecuadamente distinta de las Iglesias particulares. Esta concepción pondría de manifiesto un “universalismo” paradójicamente muy poco “católico”, pues, en el fondo, la Iglesia universal así concebida sería en realidad “otra” Iglesia particular “más grande”; por el contrario, en la Iglesia universal sólo se está participando a la vez, de alguna manera, en el misterio de la Iglesia particular»<sup>21</sup>.

18. Cfr. Carta *Communio* notio, n. 10.

19. Carta *Communio* notio, n. 10.

20. Cfr. el ortodoxo G. TSETIS, *Dimension universelle de l'Église locale. Qu'est-ce que «l'Église locale»*, en «Unité Chrétienne» 84 (1986) 44, que en este punto sigue al católico Bazatole: «Vivir en el seno de la Iglesia local es vivir en el seno de la Iglesia universal. No existe otro medio para un cristiano de ser plenamente católico que penetrar en el misterio tal y como se realiza localmente. Esta participación en la Iglesia local no separa de la Iglesia universal sino que introduce en ella, y no sólo como una puerta permite entrar en un edificio; no existen dos actos separados, uno por el que se pertenecería a la Iglesia local, otro por el que se pertenecería a la Iglesia universal, porque el Cuerpo de Cristo es uno. El misterio total de la Iglesia se realiza plenamente en el Obispo, su clero y el pueblo» (B. BAZATOLE, *L'Évêque et la vie chrétienne au sein de l'Église locale*, en Y. CONGAR-B.-D. DUPUY (dirs.), *L'Épiscopat et l'Église universelle*, Paris 1962, p. 358).

21. P. RODRÍGUEZ, o. c. en nota 17, pp. 162-163. «Los cristianos de las diversas Iglesias forman un solo pueblo, la Iglesia, porque pertenecen a la misma comunión cuyo sacramento es la eucaristía; no tienen necesidad de elegir entre la Iglesia local y la Iglesia universal, ya que la adhesión a ambas se realiza en un movimiento único» (M.-J. LE GUILLOU, *Mission et*



### III. EL EPISCOPADO EN LA COMUNIÓN DE LAS IGLESIAS

Para la corriente eclesiológica antes mencionada, la «catolicidad» parece darse ya en cada Iglesia local, y sólo en un *segundo* momento esa catolicidad reclama la comunión de las Iglesias entre sí<sup>22</sup>. En cambio, para la perspectiva católica, la «catolicidad» de cada Iglesia particular —que reconoce sin reservas—, está relacionada con la «interioridad» de la Iglesia universal en cada Iglesia y, por tanto, con la comunión en su estructura de gobierno, esto es, el Colegio episcopal y su Cabeza. Esta «interioridad» que existe entre Iglesia universal e Iglesias locales se refleja en los Obispos que las presiden: en su condición de cabeza está *simultáneamente* implicada su condición de miembro del Colegio<sup>23</sup>. La «mutua inmanencia» de la condición de miembro del Colegio y la condición de cabeza de una Iglesia responde a la naturaleza «colegial» de la *episkopé*: la colegialidad supone la «simultaneidad» de la Iglesia en sus dos momentos —local y universal—, cada uno con su propio órgano de autoridad, pero en definitiva expresando la suprema instancia pastoral en la Iglesia de Dios: el Episcopado (que incluye en su interior al Obispo-sucesor de Pedro).

a) Desde los orígenes encontramos la afirmación de la *unidad* del episcopado, como testifica S. Cipriano: «Episcopatus unus est, cuius a singulis in solidum pars tenetur» (*De Ecc. Cath. Unit.*, 4). El episcopado es «una sola cosa», de la que se participa personalmente, pero no de modo autónomo sino *in solidum* con los demás. Y esto porque «aunque

*unité. Les exigences de la communion*, t. II, París 1960, p. 158). «En el presente la Iglesia vive *in mysterio*. Se realiza a través de los sacramentos. La unión de los hombres entre ellos por su comunión con el Señor, fundada por la fe, es sellada y desarrollada por los actos sacramentales en la Iglesia. (...) Las Iglesias locales son la concentración sacramental de la única Iglesia de Cristo, que crece *in mysterio* hasta su acabamiento final (...). La Iglesia universal y las Iglesias locales son los dos polos inseparables de la Iglesia *in mysterio* (...) La Iglesia crece *in mysterio*. Se realiza de manera sacramental en y por las Iglesias locales» (P. ANCIAUX, *L'Épiscopat dans l'Église*, Bruges 1963, pp. 75-76, 92-93. «Somos agregados, por el bautismo y la eucaristía, a la Iglesia universal, que se realiza localmente» (Y. CONGAR, *De la communion des Églises a une ecclésiologie de l'Église universelle*, en Y. CONGAR-B.-D. DUPUY (dirs.), *L'Épiscopat et l'Église universelle*, París 1962, p. 252).

22. J. H. Newman caracterizaba radicalmente esta posición cuando, en su época anglicana, polemizaba con la teología «romana» en una carta de 1841: «Según nuestra doctrina, cada diócesis es una Iglesia entera, la intercomunión es un deber y su ruptura un pecado, pero no es esencial a la catolicidad» (*Apología pro vita sua. Historia de mis ideas religiosas*, Madrid 1996, p. 194).

23. En los *Lineamenta* del X Sínodo de los Obispos se lee: «cada Obispo está en relación simultáneamente con la Iglesia particular y con la Iglesia universal» (n. 44).

seamos muchos pastores, sin embargo, el rebaño que apacentamos es sólo uno» (Ep. 68, 4). Muchos pastores y, sin embargo, una Iglesia. Muchos Obispos y, sin embargo, un Episcopado. El significado de las expresiones *Ordo episcoporum*, *Collegium* o *Corpus episcoporum*; la comprensión global de la *episkopé* neotestamentaria, y la significación del acto sacramental de la ordenación episcopal, conducen a la conclusión que ha expuesto el Concilio Vaticano II: la unidad, comunión o «colegialidad» pertenece a la esencia del episcopado.

Es cierto que los rituales de ordenación y las fórmulas de elección episcopales señalan que el Obispo está llamado al servicio de una Iglesia particular<sup>24</sup>, pero afirman con la misma fuerza que el episcopado de cada Obispo es el ejercicio personal de aquella realidad única en la que el Obispo participa: el *Ordo episcoporum*<sup>25</sup>. Cada Obispo es agregado sacramentalmente a un *corpus* unitario en el que se participa ontológicamente de la sucesión-autoridad apostólica. Se es Obispo *junto con* otros Obispos. En expresión de J. Ratzinger, el Obispo no deja nunca de expresar el «Nosotros» (sincrónico y diacrónico) del Episcopado, porque le es constitutivo como miembro de la comunión. La universalidad y la particularidad del episcopado se dan armónicamente integradas en cada Obispo, ya que cada uno es el «momento» particular de esa magnitud universal, «católica», que es el Episcopado. Y esto porque la Iglesia es *a la vez* universal y local, y cada Iglesia es la Iglesia Una.

b) Si la autoridad episcopal —y la sucesión apostólica por los Obispos— posee esta característica «colegial» (como dimensión sacramental fundante del sujeto-«Colegio episcopal»), su ejercicio sólo puede ser vivido en comunión con los demás miembros del Colegio y su Cabeza, y esto *a radice*, por la ontología sacramental que origina el Episcopado. Un ejercicio «en comunión» que reclama condiciones canónicas (cfr. *Nota Explicativa Praevia*, n. 2), las cuales «regulan» la acción práctica de la autoridad, común y única, en que todos participan ontológicamente. Una regulación del ejercicio del episcopado que es competencia nativa del ministerio primacial del Papa, Cabeza del Colegio.

24. Cfr. CHAN. RÉGULIERS DE MONDAYE, *L'évêque d'après les prières d'ordination*, en Y. CONGAR-B. DUPUY, *L'épiscopat et l'Église universelle*, Paris 1962, pp. 739-780.

25. Cfr. B. BOTTE, *Caractère collégial du presbytérat et de l'épiscopat*, en *Études sur le sacrement de l'Ordre*, Paris 1957, pp. 97-124.

En realidad, la *sacra potestas* de los Obispos es radicalmente *Una*: la que reciben con la ordenación episcopal y que ejercen siempre en comunión. No hay, en rigor, una *sacra potestas* colegial, y otra personal, como *potestates* sacramentalmente *distintas*. Lo que hay es diversas *formalidades* (modos) *iure divino* —colegial o personal— de ejercitar la única *sacra potestas* sacramentalmente recibida, bien «en cuanto» miembro del colegio, o bien personalmente «en cuanto» Obispo de la Iglesia particular. Estas «formas», en cuanto tales, son *iure divino*: la forma «Colegio episcopal» como sujeto de la suprema autoridad, junto con el Papa, y la forma personal, como Obispo de una Iglesia particular. La expresión *ius divinum* caracteriza la capacidad sacramental originaria que de suyo tiene cada Obispo —y, en cuanto capacidad originaria, es inalienable: *ius divinum*— de hacer presente en su Iglesia la *exousía* de Cristo donada al entero *Ordo episcoporum*, y esto por «ser-Obispo-junto-con los demás Obispos». Lo que es, en rigor, de *iure divino* es la *exousía*, la Autoridad episcopal en sí misma (el Episcopado), cuya «dimensión particular» es el Obispo, es decir, aquel que investido de la plenitud de la sucesión apostólica, por ser miembro del Colegio que sucede al Colegio apostólico, puede hacerla presente en una *portio Populi Dei*. Pertenece a la esencia de la autoridad episcopal su recepción sacramental, por *ius divinum*, «en el interior» del Colegio episcopal, recibida *in solidum*, y por ello ha de ejercitarse en comunión jerárquica.

Ésta es la condición propia que, por naturaleza, tiene el ser y el ejercicio del episcopado. Lo que explica, por una parte, que «la potestad *propria, ordinaria et immediata* con que los Obispos rigen sus Iglesias particulares, tiene una inmanente relación a la Autoridad Suprema, a la que compete moderar su ejercicio»<sup>26</sup>; y, de otro lado, que la jurisdicción ordinaria e inmediata tanto del Papa (o del Colegio) como del Obispo local, que en una primera aproximación podrían parecer concurrentes, sin embargo, reflejan la «coherencia» o imbricación de la Iglesia universal y las Iglesias locales: por un mismo y único título —simultáneamente—, el fiel cristiano se encuentra vinculado tanto a su Obispo local como al Colegio episcopal y su Cabeza, el Papa; a la Iglesia particular y a la Iglesia universal<sup>27</sup>.

26. P. RODRÍGUEZ, *Iglesias particulares y prelaturas personales*, Pamplona 1986, 2ª ed., p. 151, nota 43.

27. Cfr. *ibid.*, p. 162, nota 57.

c) Con todo, hay que añadir algo decisivo. Al inicio señalábamos que el Concilio Vaticano II concede una *prioridad* teológica a la condición de miembro del Colegio. Lo cual es compatible con lo que llevamos dicho. La simultaneidad de la condición de cabeza de Iglesia y de miembro del Colegio supone la prioridad teológico-formal de ésta en relación a aquella. Aquí se refleja un dato, no sólo sacramental, sino también eclesiológico: la Iglesia local es «Iglesia» *porque* hace presente la única Iglesia.

Una *portio Populi Dei* es *portio* porque hay un universal *Populus Dei* que le precede ontológicamente. En este sentido hay una prioridad *teológica* de la Iglesia universal *en cuanto comunión* en relación con cada una de las Iglesias particulares. «La comunión de las Iglesias» tiene una sustantividad teológica, sin que sea una «superestructura autónoma», distinta *materialmente* de las concretas Iglesias locales que la constituyen en cada momento: la «mutua interioridad» de Iglesia universal e Iglesias locales, permanece intocada<sup>28</sup>. Esta prioridad significa que la Iglesia universal es teológicamente fundante de la ontología de cada Iglesia particular. La comunión universal es el «sujeto» en el que *subsiste* históricamente la Iglesia de Cristo (cfr. LG 8). Una Iglesia local, en cuanto local, podría desaparecer; en cambio, la comunión de todas, la Iglesia universal, no. La «comunión universal» es teológicamente *primera* en relación a la Iglesia particular, pues es la Iglesia universal la que *exsistit, inest et operatur* en cada

28. La prioridad «temporal» de la Iglesia universal que afirma *Communio notio*, n. 9 se refiere a la *Ecclesia universalis* de Jerusalén, que posee un carácter único e irrepetible. La Iglesia universal-comunión de Iglesias comienza a existir «después»: cuando hay otras Iglesias locales nacidas de la Iglesia de Jerusalén, todas formando la Iglesia universal-comunión de Iglesias. Así lo explica el artículo firmado con tres asteriscos aparecido en «L'Osservatore Romano» al año de la publicación de la Carta *Communio notio*: «La Iglesia universal de que se habla en ella es la Iglesia de Jerusalén en el acontecimiento de Pentecostés. Y no hay realidad más concreta y localizada que los ciento veinte reunidos allí. Pero la originalidad irrepetible y el misterio de los ciento veinte consiste en el hecho de que la estructura eclesial que los constituye como Iglesia es la *estructura misma de la Iglesia universal*: allí están los Doce, con Pedro a la Cabeza, y en comunión con ellos toda la Iglesia que crece —los cinco mil— y que habla todas las lenguas, en un momento de unidad y universalidad que es, al mismo tiempo, muy local, sin ser —en cuanto Iglesia de Pentecostés— una *Iglesia particular* concreta, en el sentido que se da hoy a esta expresión. En Pentecostés no se da mutua *interioridad* de la Iglesia universal y de la Iglesia particular, puesto que estas dos dimensiones no existen aún como cosas distintas» (recogido en CONG. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *El misterio de la Iglesia y la Iglesia como comunión*, ed. Palabra, Madrid 1994, p. 181). La Iglesia universal-comunión de Iglesias, en Jerusalén, «no existe aún como cosa distinta» de la Iglesia particular «en el sentido que se da hoy a esta expresión».

una de ellas (cfr. CD 11). Ciertamente, Iglesia universal e Iglesias particulares no son realidades adecuadamente distintas —materialmente consideradas—, pero formalmente es la Iglesia universal la que existe en las Iglesias particulares, que son su presencia en un lugar. Esto, nos parece, está en el fondo de la Carta *Communiois notio*, cuando dice que tanto el Colegio episcopal como el ministerio primacial de su Cabeza «son elementos propios de la Iglesia universal, “que no derivan de la particularidad de las Iglesias”» (n. 13). Las estructuras de autoridad de la Comunión no son deducibles de la sola realidad «Iglesia particular» *en cuanto particular*.

Pues bien, análogamente a como la *comunión universal* posee este primado ontológico respecto de las Iglesias locales (sin ser aquella adecuadamente distinta de éstas), así la condición de miembro del Colegio es la condición formal *constitutiva* del Obispo y, como decía Congar, su ministerio es *concebido* para ser cabeza en la Iglesia (sin ser condiciones adecuadamente distintas). «La razón —afirma U. Betti— es que no son los Obispos particularmente quienes suceden a cada uno de los Apóstoles sino que es el Colegio episcopal el que sucede al Colegio apostólico. Al entrar en él ninguno lleva una potestad particular; pero cada uno se hace copartícipe de la potestad universal inherente al Colegio episcopal al que se agrega en virtud de la legítima consagración recibida. En otras palabras: la potestad particular de cada Obispo es sólo una aplicación de la potestad universal que compete a todos en cuanto forman el Colegio. Y ésta no es una dilatación de la potestad particular, ya que la precede ontológicamente y es la fuente de su actuación concreta»<sup>29</sup>.

Insistamos en que no se trata de una alternativa entre la condición de miembro del Colegio y la de cabeza de una Iglesia, sino más bien se trata de determinar la conexión teológico-sacramental entre ambas dimensiones, siendo una (la dimensión colegial) el fundamento de la otra (la dimensión particular). A la pregunta de si el Obispo entra en la sucesión apostólica por ser cabeza de una Iglesia particular, o bien por ser miembro del *Ordo episcoporum*, responderíamos que, si es cierto que la sucesión en la *sedes* testifica la sucesión apostólica, y garantiza la continuidad, sin embargo, la sucesión apostólica es interpersonal: de apóstoles a Obispos y de Obispos a Obispos. El Obispo entra en la sucesión

29. U. BETTI, *Relaciones entre el Papa y los otros miembros del Colegio episcopal*, en G. BARAÚNA (dir.), *La Iglesia del Vaticano II*, Barcelona, t. II, p. 783.

apostólica por su agregación personal al Colegio de sucesores. El acuerdo teológico sobre este punto es notable<sup>30</sup>.

#### IV. LAS FORMAS DEL MINISTERIO EPISCOPAL AL SERVICIO DE LA MISIÓN

Con todo, habría que precisar que el Obispo, *constituido* como tal como miembro del Colegio, es *concebido* más ampliamente para el *communitatis ministerium* (cfr. LG 20); un ministerio que puede asumir formas diversas de la presidencia de una Iglesia particular. Y es que hay que dar razón de este *factum*: aunque toda Iglesia particular implica la capitalidad episcopal, no todo Obispo es cabeza de una Iglesia local: puede haber varios Obispos en una misma Iglesia (Obispos auxiliares y coadjutores). O bien Obispos cuyo ministerio no se orienta *in recto* a la *episkopé* de una Iglesia particular sino a otro tipo de tareas (ordinarios militares, ordinarios rituales, prelados personales). En fin, existen Obispos «titulares» con un ministerio relacionado con el ejercicio de la autoridad suprema papal para la Iglesia universal. La praxis de la Iglesia Católica es evidente en

30. Podría elaborarse un interesante *dossier*. Dos menciones: «Es como *ordo*, como cuerpo, como los Obispos garantizan la tradición apostólica. Un Obispo se encuentra en la *successio apostolica* no como cabeza de una Iglesia local, sino como miembro del cuerpo de los Obispos (...). El candidato es recibido por la consagración en el *ordo episcoporum* y se convierte desde entonces en corresponsable en la Iglesia de Cristo. La tarea pastoral del Obispo significa primero y ante todo su participación en la tarea del cuerpo de los Obispos bajo su cabeza, el Papa. Es importante a este respecto subrayar el primado de lo universal. Como se sabe, en la teología del Oriente el Obispo es considerado esencialmente como pastor de una Iglesia local en la que se encuentra realizada la plenitud de la Iglesia de Cristo. Sin negar la importancia de la relación entre el Obispo y la Iglesia local (...) es necesario insistir primero en la relación entre el Obispo y la Iglesia universal. Es importante, en efecto, para la concepción de la Iglesia y del episcopado, comprender bien que la consideración primaria es la relación entre los Obispos y la Iglesia universal» (P. ANCIAUX, *L'Épiscopat dans l'Église. Réflexions sur le ministère sacerdotal*, Bruges 1963, pp. 70, 73-74). De manera parecida se expresa B.-D. Dupuy: «Los datos de la tradición en relación con el episcopado [nos dicen] que si no hay Iglesia local sin su Obispo, no es menos cierto que el Obispo no es solo el Obispo de su Iglesia particular. Es también y en primer lugar miembro de un colegio, de un *ordo*; se le ha constituido guardián del Evangelio, responsable del crecimiento de la Iglesia. Esta perspectiva es primera y precede toda consideración de Iglesia local o de Iglesia universal. El Obispo es Obispo en la Iglesia. (...) Es cierto que en este Orden cada uno tiene su sitio, y que algunos tienen funciones más particulares vinculadas con sus sedes; en consecuencia esta comunión deberá ser regulada, pero todos son representantes de Dios y servidores de sus hermanos; todos son constituidos en el ministerio de la comunión y del servicio recíproco» (B. D. DUPUY, *Vers une théologie de l'épiscopat*, en Y. CONGAR-B. D. DUPUY (dirs.), *L'Épiscopat et l'Église universelle*, Paris 1962, p. 22). En este sentido se han expresado los recientes *Lineamenta* para el X Sínodo de los Obispos: «cada Obispo es pastor de una Iglesia particular en cuanto miembro del Colegio de los Obispos» (n. 43).

este punto, e incluso la Iglesia Ortodoxa está conociendo en la actualidad fórmulas de ministerio episcopal cercanas a las católicas. Se pueden declarar estos casos como cuestiones abiertas que no se sabe bien cómo conjugar con la claridad que ofrece la identificación «miembro del Colegio episcopal/cabeza de una Iglesia». Pero parece que hay que discernir estas situaciones.

Vaya por delante que esta diversidad de ministerios episcopales impide un valoración global *a priori*. De entrada, encontramos formas de ministerio que, sin ejercer la capitalidad de una Iglesia particular, nada tienen que ver, sin embargo, con la práctica reprobada por el canon 6 del Concilio de Calcedonia sobre las llamadas «ordenaciones absolutas», es decir, aquellas sin un «*communitatis ministerium*» al que se destina el Obispo, asunto que no ha dejado de suscitar siempre en la Iglesia cierta perplejidad, pues «*episcopi nomen relativum est ad ecclesiam*»<sup>31</sup>. La fórmula del Ritual: «recibe el báculo, signo de tu ministerio de pastor: muéstrate solícito por tu rebaño, en medio del cual el Espíritu Santo te ha constituido Obispo para regir la Iglesia de Dios», parece pedir una elemental coherencia. Una correcta teología del episcopado sabe que éste es para la misión; es decir, comporta un oficio pastoral en la Iglesia.

La «relatividad» del episcopado a la comunidad cristiana proviene de una consideración teológica decisiva: sacerdocio común y sacerdocio ministerial *ad invicem ordinantur* (cfr. LG 10). La Iglesia, en cuanto Cuerpo Sacerdotal orgánicamente estructurado por los sacramentos consagratorios (Bautismo-Confirmación y Orden), surge y vive en su dinámica propia por la mutua y operativa interrelación de ambos sacerdocios. Esta «interrelación» del ministerio sacerdotal con el sacerdocio común es la forma originaria de eclesialidad, y se da —por parte del ministerio— según la articulación de episcopado, presbiterado y diaconado<sup>32</sup>.

31. Así recogía este sentir tradicional el teólogo y Obispo de León, Andrés Cuesta en las discusiones del Concilio de Trento: «*Episcopi enim non debent esse absque clero et populo. Nam episcopi nomen relativum est ad ecclesiam*» (citado por J. I. TELLECHEA, *El Concilio de Trento y los Obispos titulares*, en J. LÓPEZ ORTIZ (dir.), *El Colegio episcopal*, Madrid 1964, t. I, p. 375). El Obispo español concluía, sin embargo, que sacramentalmente los Obispos titulares son tan Obispos como los residenciales. No obstante, hay que dar razón de su episcopalidad también desde la perspectiva del *communitatis ministerium*.

32. Dejando aparte el diaconado, la «relacionalidad» del *Ordo presbyterorum* en la comunidad cristiana viene determinada por su condición sacramental de «cooperador» del Colegio episcopal.

En el caso del episcopado su relación y lugar en el Pueblo de Dios —como plenitud del sacramento del Orden y de la sucesión apostólica— proviene de su origen sacramental: la ordenación episcopal se confiere «ad habendam *conditionem capitis in Ecclesia*»<sup>33</sup>. Según esto, la naturaleza de la «episcopalis operatio et functio»<sup>34</sup> es la de *presidir* y *regular* la comunidad cristiana en cuanto tal, es decir, no ya cualquier forma de agregación en la Iglesia, sino aquella característica de Iglesia: la que surge de la *interrelación* dinámica de sacerdocio ministerial y el sacerdocio común o, en términos familiares a la tradición canónica, la relación «ordo-plebs».

### 1. La «*episkopé*» de la Iglesia particular

Pues bien, la interrelación *originaria* y *constitutiva* del sacerdocio común y ministerial es la que se realiza en la forma teológica de «Iglesia particular»: es decir, la eclesialidad nativa del Pueblo de Dios en orden a hacer presente la Iglesia Católica constituyendo una *portio Populi Dei*, que es elemento material y sustantivo a cuyo servicio está el elemento ministerial. La convocación-congregación que es la Iglesia se realiza a través de la autoridad de cada Obispo que constituye sacramentalmente (Bautismo-Confirmación y Eucaristía) a los que han creído en Cristo en una Iglesia, una *portio* del universal Pueblo de Dios. La incorporación y vida *in Ecclesia* —ya lo hemos dicho— se da *in Ecclesiis*. Esta forma

33. Sólo la ordenación episcopal capacita «ad habendam *conditionem capitis in Ecclesia*. Plenitudo sacerdotii ipsi collata in eo consistit, quod ipse specificè consecratus est, ut ita in Ecclesia ponatur ad repraesentandum auctoritative Christum Dominum fidelibus, quibus, nomine et potestate Christi Domini, verbum eius (magisterium et regimen pastorale) et vita eius (cultus, sanctificatio), Episcopis in Apostolis concreditum, tradendum habet tamquam *membrum corporis Episcoporum*, ut ipsi reservetur (...) *conditio capitis in Ecclesia*, necnon consecrationis episcopalis. Aliis verbis, ad *conditionem capitis in Ecclesia* habendam et ad consecrationem episcopalem conferendam, exclusive Episcopus sacramentaliter capax redditur (...). Ea de causa ipse sacramentaliter habet, ut officium (canonicum) capitis in Ecclesia obtinere possit; aliis verbis, ipse vocari potest, *ut caput sit Ecclesiae particularis*, immo, *Ecclesiae universalis*. Ut aliquis, qui canonicè vocatus est, ut sit caput Ecclesiae particularis vel universalis, in officio capitis plene constitutus sit idque rite exercere possit, ipse indiget consecratione episcopali» (W. BERTRAMS, *De differentia inter sacerdotium episcoporum et presbyterorum*, en PRMLC 59 [1970] pp. 195-197).

34. Sugerente expresión de Domingo de Soto cuando habla de la «episcopalis operatio et functio per quam communi saluti populi consulitur» (*De iustitia et iure*, Salamanca 1554, p. 872. Cfr. J. I. TELLECHEA, *El Concilio de Trento y los Obispos titulares*, en J. LÓPEZ ORTIZ (dir.), *El Colegio episcopal*, Madrid 1964, t. I, pp. 359-385).



nativa de *interrelación* ministerio-fieles que constituye la esencia teológica de la Iglesia particular es *iure divino*<sup>35</sup>, y se configura según modalidades *iure ecclesiastico* (cfr. c. 368).

Pertenece a la esencia teológica de la Iglesia particular su presidencia episcopal. «Mediante el ministerio episcopal las *portiones Ecclesiae* viven la totalidad de la Una-Santa y se hace presente en ellas la totalidad de la Católica-Apostólica»<sup>36</sup>. En cada Iglesia particular está presente la Iglesia universal y su estructura de gobierno, porque se hace presente la *sacra potestas* por medio de los Obispos, pastores de la Iglesia en el lugar de los Apóstoles (cfr. LG 20). Sólo la plenitud sacramental del sacerdocio y de la sucesión apostólica pueden «hacer» que una *portio* sea *Populi Dei*. Por esta razón, es también *iure divino* esa *sacra potestas* episcopal, según diversas configuraciones *iure ecclesiastico* de capitalidad, cuyas diferencias jurídicas no afectan a la naturaleza teológica de la interrelación ministerio-comunidad que preside. Las figuras de los Obispos auxiliares y coadjutores se sitúan también en el interior de esta *episkopé* de Iglesia local, como colaboración en el ejercicio de la única «capitalidad»<sup>37</sup>. Se trata de un minis-

35. G. PHILIPS, *Utrum ecclesiae particulares sint iuris divini an non*, PRMLC 58 (1969) pp. 143-154.

36. Así se expresan los *Lineamenta* del X Sínodo de los Obispos, n. 44 (vid. nota 23).

37. Algunos sugieren que estos Obispos reciban el título de la Iglesia particular a cuyo servicio se dedican, en lugar del título de una Iglesia antigua y desaparecida. Los *Lineamenta* los considera como una forma de comunión en el ministerio episcopal: «La comunión entre los Obispos debe expresarse, además, en aquellos casos en los que, por particulares necesidades de la Iglesia particular, sea útil la presencia de un Obispo coadjutor o un Obispo auxiliar. Con relación a estos Obispos, dados en determinadas circunstancias como ayuda del Obispo diocesano para el servicio de la Iglesia particular, el Concilio exhorta a que ellos, como sus primeros colaboradores, rodeen siempre al Obispo diocesano de obediencia y de respeto, y que éste los ame como hermanos y los llene de estima» (*Lineamenta*, n. 48).

Cuestión diversa es cómo armonizar varias Iglesias locales existentes en un mismo territorio con el principio de «un solo Obispo por ciudad», como sucede, en el ámbito católico, con algunas comunidades de rito oriental, y en la Iglesia ortodoxa con las jurisdicciones establecidas en la «diáspora». Algunos sugieren el ejercicio de una *episkopé* conjunta en estos casos en que en un mismo territorio coincidan jurisdicciones de Iglesias particulares diversas (cfr. H. LEGRAND, «Un solo Obispo por ciudad», en J. MANZANARES, -H. LEGRAND-A. GARCÍA (dirs.), *Iglesias locales y catolicidad*, Salamanca 1992, p. 511). La presencia de diversas Iglesias locales en un mismo territorio plantea problemas de ninguna manera despreciables, pero —visto desde la perspectiva que tratamos— es un ministerio episcopal que sigue en el ámbito de la capitalidad de Iglesias locales, en este caso de Iglesias diversas entre sí. Sea lo que fuere de la propuesta antes mencionada, tal ejercicio conjunto de la *episkopé* sería una profundización teológica en la línea de lo que ya sucede en las Conferencias episcopales (si se mantiene la diversidad de Iglesias en el mismo territorio), o bien una forma especial de episcopado auxiliar de una cabeza única (si se transforman todas en una única Iglesia local).

terio «auxiliar» que si eclesiológicamente no viene exigido por principio, tampoco resulta ajeno a las posibilidades del ministerio episcopal<sup>38</sup>.

## 2. Otras formas de «*episcopalis operatio et functio*»

Cabe preguntarse si son posibles otras formas de *communitatis ministerium* episcopal diversas de las que se orientan *in recto* a convocar, congregar y presidir una Iglesia particular. No es impensable que el carácter histórico-dinámico de la misión pueda provocar en ocasiones tareas de tipo episcopal integradas en la vida de las Iglesias particulares, o al servicio de la comunión de las Iglesias. La ponderación de esta posibilidad se remite en última instancia al *Ordo episcoporum* que, junto con el ministerio petrino, constituye el cuerpo ministerial de la *communio ecclesiarum* por suceder al Colegio apostólico en su oficio al frente de la misión.

En la práctica, junto con las formalidades *iure divino* —colegial o personal— de ejercitar la *sacra potestas* recibida —que son las originarias y fundantes—, la Iglesia ha discernido otros ministerios *iure ecclesiastico* que no sustituyen a los originarios, ni son alternativos a la presidencia de una Iglesia particular. Si el Obispo es *constituido* como tal por su incorporación al Colegio, su ministerio puede ser *concebido* no sólo para la función originaria de capitalidad *iure divino* de la Iglesia particular (con sus configuraciones *iure ecclesiastico*), sino también para realizar formas históricas *iure ecclesiastico* de ministerios sustentados teológicamente en la autoridad *iure divino* del Colegio y su Cabeza para toda la Iglesia.

Tales configuraciones no serían *nuevas* formas jurídicas de la *episkopé* propia de la Iglesia particular, sino formas de «*episcopalis operatio et functio*» diversas de aquella y —justamente por ser diferentes— compatibles con ella y armónicamente articuladas. Esta articulación es consecuencia de la «mutua interioridad» entre Iglesia universal e Iglesias particulares: la misión de la Iglesia universal no es distinta de la de cada una de las Iglesias particulares, sino interior a cada Iglesia particular, de manera que toda la misión está potencialmente contenida y se realiza en cada Iglesia, *in qua*

38. Algunos señalan que los «auxiliares» del episcopado por naturaleza son los «cooperadores del Orden episcopal», los presbíteros (cfr. L. GEROSA, *El Obispo, punto de convergencia de las dimensiones universal y particular de la Iglesia*, en P. RODRÍGUEZ, (dir.), *Iglesia universal e Iglesias particulares*, Pamplona 1989, p. 442).

*exsistit, inest et operatur* la Iglesia de Cristo (cfr. CD 11). Teológicamente nada impide, pues, un desarrollo de la *episkopé* universal en un servicio *formalmente* diverso de la convocación *in recto* de una Iglesia local, y que se realizará *materialmente* en las Iglesias locales (de muchas o de pocas) bajo la presidencia de sus Pastores (según determinaciones canónicas); o bien ministerios en el ámbito de la *episkopé* del sucesor de Pedro para la comunión de las Iglesias (Curia romana, etc.). Lo importante será advertir si esas tareas que no se orientan primariamente a ejercer la *episkopé* de una Iglesia particular constituyen una «episcopal<sup>is</sup> operatio et functio».

Ciertamente a lo largo de los primeros siglos no podía pensarse en otras formas posibles de ministerio episcopal «relativo a la Iglesia» que aquella de presidir una Iglesia particular<sup>39</sup>. Cuando, con el desarrollo de la misión, la Iglesia ha encontrado nuevas necesidades pastorales, ha aprovechado la figura del episcopado «titular» que la historia misma le había brindado inicialmente de manera imprevista. Al utilizar ese camino —una  *fictio iuris*— la Iglesia reconocía un tipo de tarea episcopal que no era aquella de la presidencia *efectiva* de una Iglesia particular, pero que sólo podía comprenderse si tenía su punto de referencia en ella: el «título» de una Iglesia testifica que el «pastoreo» de la Iglesia particular, originario y constitutivo, es el *analogatum princeps* de todo ministerio episcopal. Supone la percepción de que tales ministerios no son desarrollos de la *episkopé* de la «Iglesia local», sino ministerios episcopales *análogos* que cabe comprender desde la *episkopé* del Colegio y su Cabeza para varias o todas las Iglesias locales<sup>40</sup>.

No debe extrañar que el Colegio episcopal pueda autoorganizarse —habitualmente por medio del ministerio primacial— en orden a la misión en el interior de la *communio Ecclesiarum* y a su servicio. En esta manera de proceder se refleja una característica del Colegio episcopal, de honda raíz apostólica: el horizonte intensivamente católico de la misión; aspecto vivido ya desde los tiempos primeros de la Iglesia hasta la actualidad.

39. La figura histórica de un episcopado misionero se movía en el ámbito de la *episkopé* local: su finalidad era en última instancia la «plantatio» de nuevas Iglesias particulares.

40. «Si es cierto (...) que la jurisdicción del Obispo está vinculada generalmente a un territorio particular, no obstante puede suceder que se extienda a una categoría de fieles determinada, sin consideración territorial. Es el caso de los Obispos que ejercen la cura de almas superior en los ejércitos (*episcopi castrenses*), o sobre los fieles que pertenecen a un rito especial o a una nacionalidad especial, aunque se hallen diseminados por varias diócesis» (P.-A. LIÈGÈ, *Evêque*. III. *Théologie*, en *Catholicisme*, Paris 1954, t. IV, cols. 796-797).